

satos la muerte es muerte: para los buenos cristianos que mortifican su cuerpo por hermostrar su alma, la muerte es resurrección y vida. Estos, deseando salir de esta cárcel y morar con Cristo en el cielo, cantan á vista de un cadáver:

¡Dios mío, qué solos
Nos dejan los muertos!

Los otros... ¡infelices! Apegados á la tierra, sin esperanza cierta de mejor vida, al ver un cadáver, cantan con el miedo de un criminal ó con la duda del escéptico que nada espera:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

¡Oh Rey eterno, para quien todo vive!
¡Oh Dios inmortal, para quien hasta los muertos tienen vida! ¡Goce el alma, que habitó este cuerpo, la compañía de tus santos, y haz lugar también á la mía, en la mansión de tus escogidos!



XIII.

En el Portalito.

QESÓ el canto y el alegre son de los instrumentos pastoriles; cesó el bullicio de las gentes, y el templo ha quedado desierto, convidando á la oración con su quietud, su tibia obscuridad y el aroma del incienso.

El sol se ha hundido en el mar, apagando su luz en las amargas ondas, y por el lado opuesto comienza la noche á tender su obscuro manto sobre la tierra, como invitando al descanso, á la oración y al silencio. ¡Qué hora tan hermosa para meditar en los misterios de Belén!

A eso vengo aquí, Niño divino, y atraí-

do por el imán de tus ojos, más bien que huyendo del frío, me arrodillo sobre la rica alfombra tendida al pie de este altar que representa al vivo la encantadora escena de tu nacimiento temporal en humilde cabaña.

¡Ahora sí que dí contigo, vida mía!
¡Ahora sí que soy dichoso! Ahora sí que puedo repetir con la esposa de los Cantares: He hallado al que ama mi alma: tén-gole y no lo dejaré.

¡Sí, Jesús mío! ¡aquí te he hallado! ¡en mísero establo...! ¡en humilde pesebrera...! ¡reclinado en húmedas pajas...! ¡entre animales...! en la humillación y el abatimiento, donde jamás pensó hallarte la soberbia y engreída razón del hombre.

¿Quién jamás pensó encontrarte en tal lugar? ¿A quién se le ocurrió nunca buscar la Majestad en un pesebre? ¿Quién en la vida pensó que dejaras el cielo por la tierra, los ángeles por los hombres, las delicias del paraíso por los trabajos del destierro, y las riquezas de la gloria por la pobreza del suelo? ¿Quién había de suponer

que tu amor á los hombres te reduciría á tanto anonadamiento?

Mira, alma mía, mira á tu Dios hecho niño; mira el estado á que lo ha reducido tu amor, y si te precias de amante y generosa, humíllate hasta donde Él se humilló por tí. Mira á tu Dios entre pajas y aprenderás de Él humildad de corazón, menosprecio del mundo, mortificación de la carne, aborrecimiento del lujo, despego de las riquezas y afición á la pobreza de espíritu por Él tan predicada en su mismo nacimiento.

¡Pobreza predica el establo, pobreza el humilde pesebre, pobreza las pajas, pobreza los pañales, pobreza Él, y pobreza todo!

Bendito seas tú, divino Niño, que viniste á ennoblecer la pobreza, á santificar el dolor, á enaltecer las tribulaciones, á glorificar los sufrimientos y trabajos, tomándolos sobre tí por amor del hombre.

¡Oh cuán bien conozco por aquí que tú eres mi Dios! Porque el Dios verdadero no puede ser otro que el que me ame hasta enloquecer, y me pruebe la locura de su amor

con sufrimientos heroicos y profundísimos abatimientos.

Estos abatimientos profundísimos y aquellos sufrimientos heroicos los veo en tí, ¡Niño mío! y por ellos conozco tu amor; ellos hacen resonar en mis oídos tu voz amorosa que me llama, y yo quiero seguir el eco de esa voz amante, sin preguntarte á donde vas ni á qué región me conduces; porque estoy seguro que á donde quiera que vayas ó do quiera que me lleves, seré feliz contigo, si participo de tu amor y tus dolores. Llévame donde quieras, que conmigo no irá el temor.

¿Qué puede temer mi alma en compañía del que por su amor se hizo niño, siendo inmenso; y débil, siendo fortísimo; y vasallo, siendo rey; y pobre, siendo riquísimo; y humilde, siendo omnipotente?

¡No temas, no, alma mía! ¡Pon los ojos en esta grandeza empequeñecida, en esta majestad disfrazada, en este Dios hecho niño, y verás que sus ojos despiden llamas de amor, y que en esas llamaradas te dice, con satisfacción inmensa: Aquí me tienes!

¡Sí, divino Infante, aquí te tengo, y no te dejaré! ¡Aquí te tengo, y aquí me tienes...! ¡Tú para mí, y yo para tí...! Y Tú, y yo, y el amor que tú me tienes, y el que yo te profeso, forman mi dicha y constituyen mi felicidad y mi gloria; porque mi gloria es amarte, y padecer deliquios de tu amor, y estar siempre embriagado con la dulcedumbre y los desmayos de esos deliquios amorosos.

*
**

¡Oh qué feliz soy en este instante! ¡Oh qué regalos siente aquí el alma! ¡Oh qué sabrosamente transcurren las horas! ¡Oh qué bien se está junto á tu pesebre! ¡Oh qué Pascuas tan deliciosas se pasarían aquí!

Aquí quiero pasarla, cantándote con los ángeles, adorándote con los pastores, sirviéndote con tu Madre Virgen y con el Santo José. ¿Qué puedo hacer por tí, Niño mío? ¿En qué te puedo servir? Háblame, Rey eterno, que aunque la palabra no es propia

de la niñez, sí lo es de tí que eres la Palabra substancial, el Verbo del Padre, hecho Niño. Háblame, pues, Vida mía, y resuene en mis oídos esa voz que forma el embeleso de los ángeles.

Mas ¡ay! que no es preciso abrir los labios para decirme lo que sientes. ¡Esas mejillas amarotadas, esas manecitas ateridas, esos bracitos que tiemblan y tiritan me están gritando con acento poderoso: *¡Tengo frío!*

¡Dios de amor! ¡vida y virtud que sustentas cuanto existe! ¿tú tienes frío? ¿No eres tú el que das al sol sus rayos esplendorosos y al fuego su calor ardiente? ¿No eres tú el que das abrigo á todas las criaturas que salieron de tu mano? ¿No eres tú el que abrasas en perpetuos ardores á los serafines, y mantienes en el firmamento millones de globos incandescentes? ¿Y tú tienes frío?

¿Las llamas del purgatorio y los fuegos del averno no están á tu disposición? ¿Los fluidos combustibles, los rayos abrasadores, la ardiente lava de los volcanes y la incandescencia de los astros, no están pron-

tos á tu voz? Y sin embargo, ¿tienes frío? ¿Qué frío, Señor, es este que hiela tu corazón?

¡Ah! ¡Ya lo entiendo! Vienes al mundo y lo encuentras helado, envuelto en la nieve glacial del egoísmo. No arde en él el fuego de la Caridad santa, no se percibe en él el calor del sacrificio, no brilla en él la llama del entusiasmo sagrado, no corren en él los aires templados del paraíso, no existe en él el fuego del amor divino: tibieza, indiferencia, frialdad, hielos polares, eso es lo que encuentras en las almas, y por eso tienes frío!

¡Oh, quién tuviera el ardor de los serafines para calentarte! ¡Quién guardara en su pecho un volcán de amor para templar tu frío! ¡Quién poseyera el corazón y el regazo de tu Madre para abrigarte!

¡Serafinos del cielo, dadme vuestros ardores! ¡Animas benditas, dadme vuestras llamas expiatorias! ¡Préstame, oh sol, tus rayos abrasadores! Volcanes encendidos, dadme el calor de vuestra ardiente lava, para templar el frío del Niño Dios.

¡Ángeles santos, abrigad á vuestro Criador recién nacido con las alas que él os dió! ¡Y vosotras, almas cristianas, venid á calentarle con vuestro aliento, venid! ¡que no por los ángeles, sino por nosotros, se ha hecho Niño! Venid enternecidas y admirad las trazas de este amabilísimo Dios, que siendo

rey de los cielos,
entre nosotros
quiere morar;
y hacerse Niño
por ser amado
y en nuestras almas
descanso hallar.

Mirad, como abre sus bracitos, y haciendo ademán de estrecharnos contra su corazón, nos dice: *¡Venid á mí!* ¡Almas amantes, venid! que os llama el divino Infante ansioso de recibir vuestras caricias.

Almas pecadoras, ovejas extraviadas, el Pastor divino os llama con silbos amorosos desde el pesebre; corred presurosos, que os tiende sus brazos diciendo: *¡Venid á mí!*

¡Almas castas, palomas de la soledad!

batid las alas, tended el vuelo, cruzad los aires, y festejad con vuestros arrullos al tierno Infante que os está llamando: *¡Venid á mí!*

Almas atolladas en el cieno y atadas con los lazos de la culpa, romped la ominosa cadena del vicio, sacudid el lodo del pecado y volad hacia el pesebre; que también á vosotras os dice el Niño de Belén: *¡Venid á mí!*

Almas dormidas con el sueño de la indiferencia; vosotras que soñáis en felicidad ilusoria, en falaces alegrías, en vanos proyectos y en dichas mentidas y fugaces que se escapan de vuestras manos; despertad de ese engañoso letargo, de ese fatídico sueño, y oid la voz del divino Niño que os dice: *¡Venid á mí!*

¡Venid á mí! ¡qué palabra, amor mío! ¡qué palabra! ¿Por qué no me das voz de trueno para hacerla resonar por todo el orbe y congregar alrededor de tu pesebre á todos los mortales? ¡Oh quién fuera poderoso para hacerte amar de todas las criaturas!

Mas ya que esto no me es dado, yo vendré á tí, yo me quedaré aquí contigo, y mezclado entre los ángeles y los pastores te adoraré, y cantaré eternamente tus misericordias. *¡Misericordias Domine in aeternum cantabo!*



XIV.

Al pie de la Cruz.

OH Cruz santa! Arbol bendito, cuyo fruto es fruto de vida eterna y cuya sombra es sombra de perdurable descanso. Arbol santo y misterioso, más fértil que los olivos de Palestina y más frondoso que los plátanos egipcios; déjame sentar á tu sombra salutífera, consuelo de los que lloran, alivio de los que padecen y puerto de los que naufragan; déjame ¡oh Cruz! descansar á tu sombra para contemplar en tí los misterios de la Redención.

Transformación maravillosa ha obrado

en tí la sangre de Cristo, pues antes eras odiosa, y ahora eres amable; antes patíbulo infame y ahora trono del Rey pacífico; antes madero despreciado y ahora cátedra del Maestro divino; antes leño aborrecible y ahora tálamo deseable del celestial Esposo; antes afrenta y oprobio del hombre, ahora gloria y honor de la humanidad rescatada; antes árbol maldito, y ahora árbol de bendición.

¡Cruz santísima y riquísima! ¡no sé qué alabanzas decirte, ni con qué elogios ensalzarte! Arbol como tú, no lo produjo el Carmelo, ni se crió en el Líbano, ni creció en el Sinaí, ni floreció en el Tabor, ni lo dió el Paraíso. ¡Arbol precioso del Gólgota! ¡árbol ensangrentado! ¡árbol divino! árbol de bendición, tú sólo excelso entre todos los árboles de la tierra, porque tus ramas cobijan á la humanidad y tu fruto es de valor infinito.

En tí, árbol sagrado, veo pendiente el fruto de la vida, sustento de las almas y manjar de los escogidos. Ahí está patente, convidando á los mortales, dándose con in-

finita prodigalidad á cuantos quieran gustarlo, y esto es un misterio de misericordia.

Ahí está ese fruto divino; pero maltratado y pisoteado, como racimo de uvas en el lagar; y esto, siendo Él inocente, es un misterio de tremenda justicia, que está diciendo con voz de espanto: ¡Así amó Dios al mundo; *Sic Deus dilexit mundum!*

*
**

Angeles santos, que contempláis absorbidos la gloria del Eterno; ponéd los ojos ahora en esta cruz, ved la humillación y afrenta de su único Hijo, y sabed que así amó Dios al mundo! *Sic Deus dilexit mundum!*

Espíritus rebeldes, ángeles de tinieblas, inteligencias ofuscadas, productoras del mal; vosotros que tan rencorosamente envidiáis á los hombres, mirad á Cristo moribundo en la Cruz, abiertos los brazos para estrechar en ellos á los pecadores; inclinada la cabeza y entreabierta la boca para dar beso de

paz á sus enemigos: clavados los pies para no poder huir de los malhechores: vedlo! víctima voluntaria ofrecida en sacrificio por la salud del hombre, y sabréis cuánto amó Dios al mundo! *Sic Deus dilexit mundum!*

Almas redimidas con la sangre del Cordero, dejad los vanos cuidados de la vida, poned silencio al bullicio terrenal, dejad los pensamientos inútiles, y contemplad aquí en la Cruz á la Vida, muerta por nuestro amor. El amor le hirió el cuerpo con azotes, el amor le coronó de espinas la cabeza, el amor le atravesó pies y manos con duros clavos, el amor le abrió el pecho con aguda lanza: ved de que modo tan asombroso amó Dios al mundo! *Sic Deus dilexit mundum.*

¿Y el mundo cómo te paga, Señor? ¿Te devuelve amor por amor y sacrificio por sacrificio? ¡Oh mundo infame, olvidado de Dios y entregado á la crápula de las orgías! ¿Quién te enseñó á pagar amor con olvido, beneficio con maleficio, bendición con maldición, sacrificio con egoísmo, favor con ingratitud, bien con mal y vida con muerte?

*
**

¡Oh Jesús mío, muerto de amor en esa Cruz! ¿por qué te paga el mundo tan mal? ¿Por qué no corresponde á tu amor? ¿Y es posible que el amor del mundo te quitara la vida, y te pusiese como estás en esa cruz? ¿Por qué te has quedado en ella con la cabeza inclinada, los ojos bajos y mirando al suelo? ¡Bien lo sé, Vida mía! El árbol cae siempre del lado á que se inclina; y tu inclinación, tu amor al hombre, te hizo bajar del cielo, te dobló con el peso de la misericordia, te cortó el hilo de la vida mortal y te hizo caer así de rostro hacia la tierra, para dar al hombre beso de paz.

¡Oh inefable bondad! ¡Oh misericordia no debida! ¡Oh amor nunca pensado! ¡Divino Jesús mío! ¿qué vieron tus ojos en el hombre para amarlo así? ¿Qué servicios te ha hecho el mundo? ¿Con qué obras te ha obligado á morir en cruz por él? ¡Ingratitud y miseria es todo lo que el mundo da de sí!

y á pesar de eso el amor te obligó á redimirlo tan á costa tuya. ¡Oh maravillosa generosidad! ¿con qué serás correspondida? Si amor con amor se paga, ¿qué amor bastará á corresponderte?

¡Amete yo, Jesús de mi alma! nunca para mí tan hermoso, como ahora que el amor te ha puesto en la cruz afeado! ¡nunca para mí tan amable como ahora, con los brazos abiertos y la cabeza inclinada! ¡Amete yo, Crucificado mío! y déjame que te abrace, te estreche contra mi corazón y te coloque en mi pecho como ramillete de mirra.

*
**

¡Oh Cruz santa, y que envidia me das! ¡cómo quisiera robar el precioso fruto que de tí cuelga! Arbol sagrado, no estés ahora tan erguido, inclina tu duro tronco, dobla un poco tus ramas y alárgame ese dulce fruto para que yo lo pueda coger. ¡Cruz venturosa, llave del paraíso y escala del cielo, déjame subir por tu tronco á coger el fruto

del amor que de tí pende! Ese fruto es mi herencia, porque para mí nació, para mí se crió, por mí padeció y por mi amor sufrió muerte. ¡Dame pues, lo que me pertenece, que el amor no sufre dilaciones! ¡Pase ya de tus brazos á los míos el dulcísimo Jesús!

¡Oh Dios de mi corazón y Esposo de mi alma! tú aquí en la cruz eres rescate de mi cautiverio, precio de mi redención, tesoro de eternas riquezas y riquezas de valor infinito. Ya encontré lo que buscaba, ya tengo lo que apetecía, ya poseo lo que deseaba. Téngolo y no lo dejaré! ¡Ya te poseo, amorosa prenda! ¡no te apartes de mí ni consientas que yo de tí me aparte! ¡Tú serás mi heredad, Jesús mío! tú para siempre mi reposo y mi descanso. Tú el objeto de mis ansias, el término de mis deseos y el fin de mis esperanzas.

